

Carlo Pulsoni entrevista a Lorenzo Tomasin

*El italiano es uno de los idiomas federales de Suiza. ¿Como historiador de la lengua italiana y profesor en Suiza puedes decirnos como le va a nuestra lengua en el país helvético?*

Bien y mal al mismo tiempo. Bien en el sentido de que, por lo menos en los contextos urbanos, multiculturales y realmente plurilingües, el italiano es en Suiza una lengua omnipresente: gente proveniente de Ticino o italianos, son muchísimos los exponentes de la parte más viva de la sociedad suiza de hoy en día, con el resultado de que nuestro idioma está presente o, por lo menos, latente en muchos contextos. Al menos en las ciudades que conozco mejor – las de Suiza occidental – este ya no se percibe cómo el idioma de los *Gastarbeiter* [trabajadores extranjeros] activos en sectores subalternos y socioeconómicamente marginales (cosa que pasaba en la Suiza alemana de hace algún décadas), sino cómo la lengua materna de un número creciente de intelectuales, científicos, técnicos, operadores económicos y creativos. No obstante, la situación presenta también un aspecto negativo, en el sentido de que, pese a lo que acabo de decir, el italiano se queda en segundo plano, puesto que todas las actividades que he citado sufren de una pérdida global del plurilingüismo real que, desde siempre, las había caracterizado. En concreto, en las profesiones intelectuales y terciarias, el italiano suele padecer, por un lado, el hecho de representar una minoría lingüística (se trata del tercer idioma nacional, muy distante en términos cuantitativos del alemán y del francés); por el otro, el fenómeno global del avance del inglés en muchos contextos laborales. El inglés, que está haciendo retroceder también al alemán y al francés en los sectores más cualificados de la vida económica suiza, puede provocar la marginalización de una lengua que, entre las demás de este país, ya resultaba minoritaria antes de su aparición. A esto se añade la pérdida de prestigio económico, cultural y político que sufre Italia en la actualidad, que penaliza el italiano, por ejemplo, en las escuelas, en las que los estudiantes no italófonos pueden elegirlo como alternativa a otras lenguas extranjeras que actualmente gozan de mayor prestigio internacional.

*¿Qué tendríamos que hacer para promover o relanzar nuestra lengua?*

Plurilingüismo, plurilingüismo, plurilingüismo. El italiano – como cualquier otro idioma – no se salva imponiéndolo en perjuicio de otras lenguas (como está haciendo el inglés), sino flanqueándolo a las demás y promoviendo el valor positivo del plurilingüismo a partir de las escuelas. Partiendo del principio de que la presencia simultánea de varias lenguas en el espacio mental es de por sí un valor positivo (cosa que se demuestra también por vía psicolingüística) y de que la pérdida de la diversidad lingüística supone un empobrecimiento cultural, el italiano podrá mantener su posición entre las grandes lenguas de cultura. Sin embargo, hasta en Italia hay quien proyecta cursos de licenciatura completamente en inglés, o quien – incluso entre los investigadores en ciencias humanas – considera que el italiano del futuro tiene que ser una lengua exclusivamente utilizada por gente que « habla de amor, cuida de sus hijos o escribe poesías » (como dice el histórico Andrea Graziosi en un libro reciente y lleno de reflexiones interesantes). Después de haber combatido durante décadas la imagen del ama de casa como símbolo de la marginación socioeconómica, ahora alguien querría convertir el italiano en una lengua casera, excluida de la dimensión profesional. Este es el peligro del que nos debemos defender: el italiano – así como el francés, el alemán o el español – tiene que ser relanzado como lengua de dignidad profesional, al mismo nivel que el inglés.

*En muchos países de Europa oriental el italiano se estudia por la relación que este tiene con la moda, con la comida. ¿Existe algo análogo en Suiza?*

Es indudable que algunos sectores económicos y de la moda tienen una relación privilegiada con el italiano. Pero diría que en Suiza tiene más importancia el factor interno: el italiano no es una lengua extranjera y las razones por las cuales se estudia tienen a menudo que ver con la biografía individual. Puesto que muchísimos suizos proceden de familias plurilingües, para muchos de ellos el italiano es una de las lenguas familiares. El problema, como decía, es que no necesariamente es la más prestigiosa. Y, para volver a la frase de Graziosi, pocas veces se estudia un idioma solo para hablar de amor o para escribir poesías. Dicho esto, también es verdad que el atractivo del italiano se debe, para muchos, al hecho de ser una lengua que durante mucho tiempo ha sido indispensable para los que se ocupaban de música, de arte, de cultura clásica, también de teología.

*¿Qué tipo de relación tiene el italiano con las demás lenguas romances de la inmigración, por ejemplo con el español o el portugués?*

Las lenguas iberorromances son, también en Suiza, un elemento cada vez más vivo en el paisaje lingüístico (utilizo una fórmula que precisamente en los estudios de lingüística española está teniendo bastante éxito y diferentes e interesantes aplicaciones). El portugués, por ejemplo, es el idioma de la comunidad extranjera más numerosa de la Suiza romanda – un idioma que se puede oír hablar en cualquier lugar de Lausana, pero también de Ginebra y Neuchâtel. Aun así, las universidades hacen muy poco para desarrollar la enseñanza y el estudio del portugués, a lo mejor porque se trata de una comunidad que aún incide demasiado poco en la población estudiantil.

En cuanto al español, además, habría que recordar una cosa que los italianos valorizan poco, o que incluso descuidan del todo: la lengua occidental más hablada en el mundo, el español, es perfectamente compatible con el italiano – en el sentido de que un italiano y un español, también de cultura media, pueden comunicar perfectamente, con mínimas adaptaciones, hablando cada uno su idioma. Sin embargo, la práctica de la intercomprensión y el estudio de las modalidades que hacen que dos lenguas se parezcan se descuidan casi por completo, o incluso son mirados con suspese miran con suspicacia.

Aun así, existen todas las condiciones para que se produzca una « alianza lingüística » a nivel global: el italiano tiene un antiguo – aunque declinante – prestigio cultural, el español una difusión planetaria... y ambas son lenguas dotadas de un aura muy positiva. Dos idiomas simpáticos, en pocas palabras.

*Si bien eres historiador de la lengua italiana, has decidido – y te lo agradezco mucho – resucitar la cátedra de filología romance. ¿Puedes explicarnos cuáles son las razones que te han llevado a cumplir esta benemérita acción?*

No creo tener ningún mérito (al revés, no suelo sentirme digno de esta hazaña), porque creo que se trata de algo que había que hacer. Los motivos que me han empujado a actuar son muy numerosos, te diré solo un par: Suiza es un país en el que de cuatro idiomas nacionales, tres son romances; este país es, geográfica y culturalmente, un punto de contacto entre los países – Alemania, Italia, Francia – que han creado y desarrollado la filología romance; en esta ciudad y en esta universidad han enseñado Walther von Wartburg y Paul Aebischer (hasta el 1968, año en que la titulación *filología romance* fue suprimida). Estas son las razones retrospectivas, a las que se añaden muchas de carácter progresivo: ha llegado la hora, creo, de superar una visión cada vez más fraccionada y sectorial no solo de la investigación, sino también de la enseñanza universitaria, que se arriesga a restringir los horizontes culturales de nuestros estudiantes, desanimando la curiosidad que sienten y transformando su formación en algo monótono. Contra este peligro la filología romance, en cuanto disciplina comparativa y sincrética de las lenguas, de las literaturas y de las culturas neolatinas, constituye un antídoto formidable.

(Traduzione di Chiara Rossi Orts)